

Nueve espejos de la reina ciega

Tus palabras son nieve

C Á L A M O
P O E S I A

#28#

Fernando Zamora

Nueve espejos de la reina ciega

Tus palabras son nieve

(Bordeando la noche)

clP

Esta edición cuenta con la colaboración
de la Institución Tello Téllez de Meneses. Academia Palentina
de Historia, Letras y Bellas Artes.

CÁLAMO POESÍA
Colección dirigida por
César Augusto Ayuso

© Herederos de Fernando Zamora, 2021
© del prólogo, César Augusto Ayuso, 2021
© de esta edición, Ediciones Cálamo, 2021

ISBN: 978-84-16742-29-5
Dep. Legal: P-239/2021

Printed in Spain - Impreso en España
Imprime Gráficas Zamart (Palencia)

Edita: Ediciones Cálamo, S.L.
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50
contacto@edicionescalamo.es
www.edicionescalamo.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los espejos: la evanescencia

CÉSAR AUGUSTO AYUSO

Desde *Fragmentos y variaciones* (1994), su primer libro publicado, hasta el presente, *Nueve espejos de la reina ciega*, el itinerario poético de Fernando Zamora describe una línea que, con gran sutileza, va aguzando su perfil a medida que la melancolía, el sesgo del tiempo, se hace más perceptible en sus versos. En este último puede decirse, sin embargo, que esa línea se quiebra, aboca a un gran lago o magma donde la percepción de la realidad exterior naufraga porque la conciencia del yo ha salido de la cuenta del tiempo real, del tiempo en que la vida se celebra o ironiza sobre el panorama en que se asienta y cuestiona su propio ser, su propia historia. El tiempo deja de ser un fenómeno para convertirse en una entelequia, lo mismo que el yo que habla de él. La realidad ya no se capta desde los sentidos alerta, desde las impresiones del momento, sino desde una nebulosa en la que todo se borra o se trastoca y se confunde hasta hacer de lo vivido fantasmagoría. El viento o la lluvia, incesantes y reiterados en los poemas-fragmentos de este libro, no hacen sino objetivar las veladuras de la conciencia, los embates de un pensamiento a la deriva.

Desde los primeros poemas nos adentramos en una espiral en que las preguntas se suceden y no se adivinan las respuestas. El poeta camina en la errancia, en la incertidumbre. La paradoja, las contradicciones afloran desde el principio. La percepción del tiempo se ha diluido, es ya una referencia inconsistente: «Siete de la mañana de un día desaparecido hace muchos / años, de un día por

vivir que no veré». El poeta obvia el mundo real y se aleja de él, como instalándose en un *limes* o tierra de nadie en el que el yo, aislado de todo, hace recuento de cuanto vio o creyó ver, de cuanto imaginó o soñó, pues tan veleidosa se le revela la conciencia que siempre estuvo condicionada a la realidad. En ese *limes* descubre la falta de contenido de la memoria, como un lugar tan solo opacidad, «vacío de sonido, ruido sin palabras». Han desaparecido hasta las palabras, esos señuelos con que los hombres envolvían la realidad a su arbitrio y que en libros anteriores el poeta fustigaba. El «flatus vocis» no es ya una torpeza, una realidad convencional o impuesta, es una evidencia en cuyo agujero negro se sume el propio yo, cuya entidad se desvanece o se cuestiona como presencia real en un mundo soluble, ondulante. Las ruinas de la memoria, acaso propiciadas por la ceguera de esa reina loca que es la mente. La mente perdiéndose en esos territorios fronterizos donde la entidad real del sujeto ya empieza a sentirse o a saberse engullida en la vorágine del tiempo, es decir, en un más allá ajeno a los datos inmediatos de la conciencia: «Miro / sin ver, sin verme en este espejo cóncavo / y yo no aparezco, / perdido, / perdido en un silencio mental». No es casualidad que elija el mar como ese espacio de dilución y deglución, ese espacio borroso por la lluvia en el que la propia entidad se desfigura hasta la invisibilidad.

Liberta ya, o desengañada de la realidad, la mente fluctúa convirtiéndose la memoria de lo vivido en una pródiga alucinación coronada por el azar y la incertidumbre, deambulando como una reina ciega por su palacio de espejos en cada uno de los cuales la realidad se refleja solo parcialmente y de manera cambiante a merced del ángulo elegido. Los espejos cuestionan por sí cualquier identidad; reflejan solamente la evanescencia de lo real. Por eso, si abdica de la razón es para entregarse a la imaginación, allá donde la mente no encuentre las cortapisas habituales de la servidumbre racional, pero entonces se sumirá en un mundo aleatorio en que los deseos y los sueños bullirán sin medida, e igualmente sin resul-

tado cierto o satisfactorio. El yo, como un pozo sin fondo donde todo viso real acaba disipándose —«las cosas vivas de la tierra / ya son flores secas»—, y en ese punto en que se debate en la frontera antes de dar el paso definitivo: «¿Lo que se ve es lo que es? / ¿Ves lo que no se ve?».

Sí es verdad que el poema último quiere ser una vuelta a la realidad, como si pretendiera olvidarse de ese paréntesis alucinado —«¿qué has querido decir? / no quiero decir nada»— y una proclamación de que el arroyo de la vida (¡ay, la edad!) sigue en pie como si de un río (la determinación de vivir) se tratara. Sin embargo, ahí queda apuntado lo que bien puede tildarse de corolario calderoniano: en su condición inabarcable e inaprensible, la vida es ilusión, sombra, ficción... Corolario, ciertamente, al que aboca la lucidez de la palabra poética que transita de los fenómenos evidentes al vértigo de lo intuido. No otro es el camino recorrido por el poeta Fernando Zamora, ese en el que se puede atisbar el paso de la sátira amable a la elegía infinita. Dos formas aparentemente distintas de ver y de decir, pero que acaso broten de la misma herida. O de la misma necesidad y el mismo anhelo.

Y aunque se ofrezca a continuación de este libro con el que culmina su trayectoria poética, se recoge también, a modo de añadido necesario, *Tus palabras son nieve*, un poemario anterior cuya creación fue dilatándose en el tiempo. Lo conforman cuatro cuadernos aparentemente independientes que, sin embargo, continúan esa senda iniciada en libros precedentes y que cada vez se va adentrando más en la soledad y la melancolía. Y, consecuentemente, anticipan de alguna manera la alucinación y el territorio onírico del gran libro final. La cuarta parte, «Apenas una llama», enlaza con la primera, «Rayas de tiza», y anticipa la tan amarga evidencia de que la vida es ilusión, o, como dijo Píndaro, el gran lírico griego, muchos siglos antes, «sombra de un sueño». Leemos en Fernando Zamora: «Confundimos / la vida con el sueño. // Es

noche ciega / cuando comprendemos». La vida, ciertamente, es ese amargo aprendizaje de que la única certeza que el hombre puede asir es, paradójicamente, su efímera condición, su estirpe pasajera, la radical soledad ante la muerte. Es impresionante, entre todos, el poema titulado «Domingo». Nada más que por eso, por orillar un poco esa muerte que le va cercando, el poeta canta el instante, la fragilidad del instante, la inmediatez de los días y, como un *flâneur* con los pasos contados, se demora en paisajes y momentos con tan terca avidez como asumida resignación. Y lo anota, sin más esperanza que el engañoso fulgor de la palabra, que, como diminuta luciérnaga, ilumine momentáneamente el camino que él recorre ya vencido por la edad —«has dejado sílabas / señalando el camino»—, y lo hace «por amor / solo por amor».

En el libro se establece en torno a estas ideas motrices una dialéctica que bascula entre el día y la noche, entre el ver y el no ver, entre el saber y el no saber, entre el mirar y el comprender. Y entre el decir y el no decir, porque, con todo, la palabra es un signo más de la menesterosidad del hombre y su incapacidad para trascender el instante, la realidad como engaño. «Quise hablar / pero no supe», confiesa el poeta en su desconsolada lucidez. Todo, como una derivación nietzschiana del espejismo de la verdad, pues si está en la condición del hombre perseguirla, sería utópico alcanzarla. Aunque en esa paradoja que habita y que le habita bien pudiera atisbarse el aura mística de san Juan de la Cruz.

Inmerso en la pérdida y la desposesión, el yo poético se define como «peregrino» y, porque se sabe viajero sin retorno, quiere hacer de su palabra también silencio, voz callada para descifrar el corazón, allí donde realmente es, donde realmente es el que es.

Uno y otro libro hay, pues, que leerlos como un hermoso legado que el poeta nos dejó vencido ya el otoño de sus días. Como tal, póstumos, se han recogido.

NUEVE ESPEJOS DE LA REINA CIEGA

1

Siete de la mañana de un día desaparecido hace muchos años, de un día por vivir que no veré.

Llueve inclementemente

en el mar.

Todo al viento en esta noche sin agujeros.

Agua, bajo un sol abrasador.

Sin contenido,

vacío de sonido, ruido

sin palabras.

Sopla el viento. Seca la madera húmeda.

Los barcos llegan, salen, desaparecen. Ruinosos,
herrumbrosos, anclados en la memoria, surcan la nada.

La mar,
 el oleaje batiendo
sin cesar.

 Llueve,
mientras amanece un día que cayó hacia atrás y aún no se
alza en el horizonte
que,
tal vez, no pueda ver en el espejo.

 Pared
inmensa, inmediata,
que toco con mis ojos sin comprender.

El viento azota mi rostro,
enfria mi cara.
Miro
sin ver,
sin verme en este espejo cóncavo
y yo no aparezco,
perdido,
perdido en un silencio mental.

Su chirriar
abre cierra

Soniquete
la presión con largo clac

chispazos
de no llegar nunca

no
nunca
allí

espejo picado
sin azogue